

### III

**México independiente.—Las clases sociales y las escuelas literarias.—Clásicos y románticos.—Sánchez de Tagle y Francisco Ortega.—Rodríguez Galván y Fernando Calderón.—«El Nigromante».—Guillermo Prieto.—Flores y Acuña.**

Más de cincuenta años de lucha política y social presentaron en México diversas condiciones para el desarrollo intelectual del país. El esfuerzo por constituir un pueblo que se desligaba del secular tutoreado español y que pugnaba porque desapareciesen, con la rapidez de su deseo de transformación, las arraigadas fórmulas bajo las cuales había vivido por tanto tiempo, estremecía la sociedad, la revolvía en tempestuosos arreba-

tos de pasión y de anhelo, en ciegos frenesís y delirios de ideales y ambiciones. La nación mexicana, desde 1821, a la entrada del Ejército Trigarante, «había dejado de ser Nueva España, pero se resistía, naturalmente, a dejar de ser colonial». Y hombres de energía suprema, centros de pensamiento y de voluntad, núcleos de selección y de educación, agitaban las masas enardecidas por el sentimiento de la libertad, y las empujaban y orientaban hacia rumbos nuevos. Y como era preciso, y conforme a leyes ineludibles, entablóse el combate de la fuerza conservadora y de la fuerza revolucionaria. Toda la existencia nacional en ese período de conmoción y de adaptación, está lleno de interés dramático. «Constantemente—dice un pensador—la historia de un grupo humano en los momentos en que se modifica y renueva, adquiere una apasionante intensidad, y es uno de los espectáculos más atrayentes y variados de que puede gozar un espíritu superior.» El pueblo mexicano es uno de los pueblos que han sufrido mucho. Fué aquel un gran período de dolor y de sacrificio: el Imperio de Itúrbide, el triunfo de los principios democráticos, la dictadura de Santa Ana, la invasión yanqui, la Reforma, la invasión francesa, la tragedia de Maximiliano de Habsburgo, la República de Juárez. Estos son los cuadros de nues-

tro drama de anarquía, de tiranía, de fe y de ideal. Veamos cuáles fueron las voces que se levantaron en ese largo tumulto de sombras y relámpagos.

\*\*\*

La división social se marcó en la literatura de un modo evidente. Las clases superiores, las que cuidaban y representaban los intereses y las tradiciones, las que sostenían los conceptos monárquicos y habían gozado de los privilegios virreynales, estaban preparadas mejor para la expresión y defensa de sus ideas. Españoles y criollos salidos de la Universidad y de los Seminarios, prolongaban las tendencias clásicas, frías y mesuradas, de que se habían servido para combatir la emancipación. Es cierto que algunos miembros de esta clase, como había sucedido durante la guerra de la Independencia, estaban del otro lado, del lado de las clases medias, entre las cuales dominaba el elemento mestizo menos preparado, desde el punto de vista cultural, pero más brioso, más audaz, más ágil de pensamiento, más seguro del porvenir y de la victoria.

A raíz de la Independencia, la arenga revolu-

cionaria, y el *panfleto*, el folleto, se modificaron, se enseriaron, y, por obra de las circunstancias, produjeron dos géneros literarios desconocidos hasta entonces: la oratoria parlamentaria y el periodismo doctrinario. Una y otro señalaron el antagonismo, la disimilitud de las opiniones. El primer aspecto de esta lid es la divergencia dentro de una aceptada teoría—la democrática—de estos dos criterios: el de los conservadores, que propendían al Gobierno Central, como una transición entre lo pasado y lo futuro, y el de los liberales, que se decidían por la inmediata realización de la República federal. Estas dos tendencias tuvieron órganos verbales y periodísticos de innegable valer literario, y, al mismo tiempo, estimularon la creación de la Historia Nacional, no ya como las crónicas de los siglos coloniales, que eran narraciones más o menos verídicas de los sucesos, sino como estudio crítico de los acontecimientos, como análisis de sus causas y efectos. La historia de aquella época, narrada por D. Lucas Alamán y por D. Lorenzo Zavala, presenta los mismos hechos y los mismos hombres, pero los juzga de manera distinta. Y es que la historia, entonces, no fué, no podía ser un juicio tranquilo, ni una imparcial sentencia, sino una polémica. Mas lo que le faltó de equidad, le sobra en muchas páginas de elocuencia ardorosa, de rea-

lidad bien sentida, de fuerte y pintoresca descripción. A la vera de vibrantes narradores, como D. Carlos Bustamante, observaban los fenómenos y penetraban en su íntima esencia otros escritores de serenidad y ponderación, como D. José Luis Mora, quienes cimentaban con su examen y sus apreciaciones la sociología mexicana y preparaban el advenimiento de la filosofía de la historia, de nuestra historia, que tomó, por fin, cuerpo y adquirió vigor en la obra de los pensadores que siguieron, y entre los cuales descuellan tres figuras magistrales y representativas de la evolución intelectual de México: D. Ignacio Ramírez, D. Ignacio Altamirano, D. Justo Sierra.

La literatura, propiamente dicha, la incontaminada de la finalidad política, la bella literatura, se resintió asimismo de estas divisiones sociales. Este es el motivo por el cual permanecen todavía, hasta muy entrado el siglo XIX, los gustos y las imitaciones del clasicismo español, que es como una hasta alquitara que destila y refina los añejos vinos romanos y helénicos. A la clase conservadora pertenecieron esos gustos y esa imitación. Con un intransigente sentimiento católico y una repugnancia agresiva por la libertad del pensamiento y de la forma, los poetas que representaban esa porción social se empeñaron en cultivar las reproducciones hispánicas del Siglo de Oro,

la suavidad y blandura pseudo-clásicas, la corrección y pulcritud académicas.

En cambio, la clase media, francamente liberal, no incrédula, pero tampoco gazmoña, y, por efecto de la Independencia, beneficiada en sus derechos y estimulada en sus aspiraciones, presentaba a sus literatos y poetas, los cuales tenían mayor espontaneidad y sinceridad, menos apego a la retórica y a la sumisión de los modelos anticuados y dejaban presentir ya las primeras manifestaciones de un balbuceante romanticismo.

Bien es verdad que México se prestaba entonces al desarrollo de ese modo hiperestesiado de sentir y de esa libertad de expresar que en España misma habíase apoderado de la poesía lírica y de la dramática, y desde D. José Mariano de Larra y D. Angel Saavedra, hasta Espronceda y Zorrilla, mostraba ya un cambio radical que bruscamente la apartaba del artificio neoclásico y de las odas moratinianas y de la altisonante, de la desproporcionada sonoridad de Quintana y Cienfuegos. El romanticismo era una rebeldía contra todo eso: era una reacción. Y nos halló preparados para recibirlo. El medio de agitación y de conmoción incesantes; nuestras costumbres caballerescas y legendarias; el amor de reja y serenata, de retablo nocturno y desafío; la vida popular de hampa y truhanería; la profunda divi-

sión en las ideas, que engendraba delirantes afectos y frenéticos odios; la inquietud espiritual; la ancestral inclinación al sentimentalismo y al ensueño; los contrastes y antítesis de una existencia en la que iban revueltos místicos que leían a Santa Teresa y ateos que estudiaban a los Enciclopedistas; los muros claustrales que encerraban plegarias y los cuarteles de donde salían ruidos bélicos; las conspiraciones de los conventos; las citas secretas de los masones; las bendiciones de los puñales; los juramentos bajo la luna; las apasionadas historias con su escala de Romeo y su túmulo de Julieta; las mismas ciudades coloniales con sus largas tapias de jardín, sus calles solitarias, sus noches luminosas y silenciosas, hasta la misma naturaleza plácida; las lejanías diáfanas; las montañas de azul cobalto; las llanuras de sendas grises y manchas de verde esmaltado, todo, la sociedad, el alma, el cielo y el suelo, eran a propósito para recibir y difundir la nueva manifestación literaria. Nuestro ambiente, el ambiente de esa parte de América, era, es incurablemente romántico. De modo es que poseíamos los elementos psíquicos; la expresión nos vino de fuera; la emoción la teníamos ya; era nuestra desde hacía muchos años. Un gran pensador—probablemente el más alto de nuestros pensadores—afirma que toda nuestra litera-

tura poética, desde 1830, es romántica. La forma de las obras realistas—dice en 1895—es la que ha influido sobre nosotros, no la tendencia, el espíritu no, o muy poco: románticos hemos sido y seremos largo tiempo, a pesar de las transformaciones que sufren las escuelas de nuestros maestros de Ultramar.

Y esto lo escribía cuando empezaba vigorosamente un período de renovación, el más amplio y firme de todos para la literatura mexicana.

Tal disposición y tal medio obligaron hasta a los mismos poetas tradicionalistas a contagiarse de romanticismo.

D. Francisco Ortega y D. Manuel Sánchez de Tagle representaban, al principiar el período republicano, la aristocracia literaria. Ortega era el más pulido versificador de su tiempo. Si en sus primeras composiciones pueden ser notados los defectos prosódicos de la época, comunes a todos los poetas mexicanos, se nota que conforme se adueña de su arte, va corrigiéndolos lenta, pero seguramente, hasta que la rima y el ritmo adquieren una perfección inusitada entonces. Mas la tersura y la armonía de la versificación no corren parejas con el brillo del estro y el vuelo de la fantasía.

Mesurado frecuentemente en la dicción, don Francisco Ortega es calculador en la fantasía. Sus

imágenes, sus metáforas, son obra paciente de la meditación, no espontáneo impulso imaginativo. Esta moderación, esta discreción, impiden el arranque desmelenado, siquiera sea falso, del lirismo arrebatador que se usaba en aquellos tiempos. Ortega es claro, pero frío. El anhelo de conservar siempre la compostura académica, recorta y empequeñece el traje declamatorio de su musa. Porque este poeta, como casi todos los de entonces, fué un poeta civil, y llegada la oportunidad, puso sus versos al servicio de la causa política. La efervescencia de los episodios que iban sucediendo en la vida nacional, llegaba a la lira de los poetas y les arrancaba cantos heroicos y fervientes inspiraciones. El júbilo de la libertad embriagaba a las musas, como una fuerte y agria posca.

Ortega, hombre de gran salud moral, se contuvo en los límites de un generoso y medido entusiasmo. Era un sagaz y prudente observador. Por encima del hervor de las pasiones, la severidad de su juicio clareaba como luz de estrella sobre ola de borrasca. Tres númenes le inspiraron: son los mismos que mueven y socorren la lírica de Sánchez de Tagle: la Patria, la Religión, el Amor.

«El Amor y la Melancolía me hicieron poeta», dice Sánchez de Tagle en una sentida confesión

íntima. Y es verdad. Las obras en verso de este patriarca literario están poseídas de lánguida tristeza y de ternura amorosa. Ni la retórica culterana de sus odas, ni el almibarado amaneramiento de sus versos eróticos, ni la solemnidad rebuscada de sus cantos patrióticos, ni las notas orgiásticas de candorosa falsedad de sus anacreónticas, pueden ocultar un sedimento de pena, un dejo de amargura real. Y es que el poeta tenía, él mismo lo dice en su confesión, un corazón demasiado sensible y delicado, y la época en que vivió no era propicia a la quietud consoladora, al tranquilo esparcimiento del ánimo.

Mas herido y maltrecho en las primeras horas de su juventud, supo templar al fin su alma y abroquelarse serenamente contra los ataques insidiosos de la maldad; supo convertir la blandura de su sentimentalismo en templado acero de convicción y de justicia, y de aquella exquisita fantasía salió más de una vez el rayo de las sagradas iras. Sánchez de Tagle era un creyente sincero; pero no desdenaba la lectura de los enciclopedistas.

No fué moralista en verso como por entonces se estilaba. No escribió nunca sátiras ni sentenciosas epístolas. Vivió transformando sus ideas con el curso del tiempo, y del mismo modo que sus vestidos, que al comenzar el siglo eran

el obscuro casacón, el calzón corto, la media negra, el zapato con hebilla de plata, y en el año de 1847 eran la levita de largos faldones, el constrictor y alto corbatín, el ajustado pantalón de trabilla, del mismo modo fué adaptando su temperamento a las modificaciones del medio. Y, primero el lunar de la Virreyna y las desdichas de la madre España y la estatua imperial de Carlos, y luego el heroísmo insurgente y la libertad de la Patria, le arrancaron ya cortesánías, ya lamentos, ya elogios de vasallo fiel, ya gritos épicos, ya triunfales himnos. Meléndez, Quintana, Cienfuegos, influyeron en él; pero de su artificio neoclásico y de su desbordamiento retórico, pasó este poeta por transformaciones sucesivas, y quizás inconscientes, a un suave y lacrimoso escepticismo romántico, al que lo condujeron sin esfuerzo la revolución naciente, los nuevos modelos y su corazón delicado y sensible.

Sin embargo, como Ortega, como Castillo y Lanzas, como otros varios de segunda fila, Sánchez de Tagle, en la totalidad de su obra, pertenece al grupo conservador de las formas y de las ideas, que buscaba y hallaba en los antiguos modelos españoles la manifestación suprema del arte.

Inmediatamente después de estas figuras venerables, se destacan con fuerte relieve, en el grupo de los conservadores literarios, dos poetas celebrados y representativos: D. José Joaquín Pesado, D. Manuel Carpio. La crítica, recientemente y por causa de estos poetas, ha dado en la flor de llamar al grupo a que me refiero de los *salmistas*, tal vez porque hay en su númen, particularmente en el de Carpio, una constante obsesión de la leyenda cristiana.

Carpio es un versificador tranquilo, lleno de orden y buen sentido. Adjetiva con atención, enumera con paciencia, metrifca con amplitud y variedad. No carece a ratos de viveza. Gusta de pintar multitudes en movimiento. La fantasía de este poeta tiene las alas recortadas por un gusto burgués y parsiminoso. Muchas de sus composiciones producen el efecto de prosa rimada. Mas como su fe es verdadera, le ayuda a poner en su poesía entusiástica unci6n. Tiene en las descripciones, que por lo regular son prolijas cuando trata de reproducir la Naturaleza, rasgos felices y epítetos sugestivos. Un canto suyo a México ábrese con este cuarteto, que ha pasado de generaci6n en generaci6n, repetido y aprendido por todos mis conterráneos:

Espléndido es tu cielo, patria mía,  
de un purísimo azul como el zafiro;  
allá tu ardiente sol hace su giro  
y el blanco globo de la luna fría.

Y no obstante ser un poeta de la religi6n, y de escoger sus asuntos entre las páginas bíblicas y las oraciones litúrgicas, se escurre de cuando en cuando el hilo claro de su moderada inspiraci6n hacia el campo romántico. Canta cosas profanas. Y las canta con cierto vigor expresivo que produce el efecto de la verdadera emoci6n. Entre estos trabajos, uno de los más relevantes es la oda *El Turco*, que es la queja de un enamorado oriental que a la orilla del Bósforo llora males de ausencia. He aquí un rasgo erótico de *El Turco*:

¿Qué me importa sin ti la blanca nube  
volando incierta por el aire leve?  
¿Qué los grandes y verdes platanares  
que el fresco viento vagoroso mueve,  
si nos separan los inmensos mares?  
¿De qué me sirven los jacintos rojos,  
el lirio azul y el loto de la fuente,  
si no los han de ver aquellos ojos,  
si no han de coronar aquella frente?

Don José Joaquín Pesado es más fino, más atildado, más vivaz y enérgico, más humano, y por eso, con más tesón que a Carpio, lo visita la musa profana. Vasta cultura y dominio del lenguaje ostenta este poeta celebrádo sin tasa por Menéndez y Pelayo. Sobresalen en Pesado las cualidades descriptivas. Siente bien la Naturaleza y la dibuja con exquisito pincel clásico. En su colección de versos hay sonetos que, por lo elegantemente labrados, constituyen páginas de florilegio.

El género cultivado por Carpio y Pesado ha tenido continuadores. Después de ellos vinieron don Alejandro Arango y Escandón, don José Sebastián Segura, don Miguel Jerónimo Martínez, don José María Roa Bárcena, todos ellos con su distintivo de academismo y pulcritud, que era algo así como la manifestación en las letras de una clase social en cuya educación entraban, como imprescindibles componentes, las rancias ideas, las devotas costumbres y el apego al *missionarismo*.

\*\*\*

Muy otros eran los literatos de las clases medias. La educación de éstos había sido una especie de «mecanismo comprimente que a veces atro-

fiaba las energías psíquicas intelectuales, y sólo dejaba campo a la emoción, al sentimiento. Salían de las escuelas e intentaban una reeducación que, como un viento huracanado, barrera en su cerebro el polvo de la rutina y el prejuicio. De moda comenzaba a estar inspirarse en el ateísmo, en el Diccionario filosófico de Voltaire, que era un buen disolvente, pero no un buen reconstituyente. Y si la Iglesia—afirma un historiador—en aquellos dramáticos días se ponía del lado de los intereses coloniales de España, en suma, una selección de emancipados intelectuales se puso decididamente del lado de la libertad, y aun teniendo abajo la masa ignara que se movía instigada por una superstición de carácter religioso, pretendía sustituir la religión de Roma por la religión de la Patria. Por eso luchaba y exageraba su incredulidad y su impiedad.»

De esos centros de rebelión salieron—era lo natural—los románticos mexicanos. Salieron desenfrenados, incorrectos, desbaratando reglas, rompiendo disciplinas, en un libertinaje retórico y prosódico que ponía espanto en el bando aristocrático de los clásicos a la española. El gemido *esplénetico*, el sentimentalismo que se torna sensible, la vaguedad ideológica, la desesperación y el hastío, la duda del bien, la obsesión de la muerte, el vuelo lírico cortado bruscamente por

la salida sarcástica, todo Byron a través de Espronceda, eran la seducción de aquellas generaciones literarias, que se encontraban preparadas, organizadas, diré mejor, para la imitación más o menos superficial. El autor de *El Diablo Mundo* los llevaba a los frenesíes del romanticismo inglés, y el Duque de Rivas y Zorrilla los inclinaban al romanticismo legendario. La melena, la palidez, la misantropía, entraban de rondón en nuestras costumbres mexicanas. Todo el mundo quería ser romántico; es más, todo el mundo lo era. Y había quien por acercarse al original, imitaba la cojera del genial Jorge Gordin. Era preciso que delante de estas extravagancias, para modificarlas y atemperarlas, surgiese la burla, sonriese la ironía, brincase, como chico travieso, el epigrama. Los escritores costumbristas retratan risueñamente las escenas chuscas y los cómicos lances de nuestro ultraromanticismo.

Pero no eran sólo los españoles los que nos contagiaban su fiebre; eran los franceses, que ya empezaban, aunque poco, a ser leídos directamente.

Dos jóvenes, de 1830 a 1840, pueden representar, francamente definidos, los albores románticos de México: D. Ignacio Rodríguez Galván, D. Fernando Calderón.

Rodríguez Galván era un mestizo triste. Dependiente de una librería en su mocedad, encontró allí fuente rica en que saciar su sed espiritual. Allí estudió, devorando volúmenes. Allí, probablemente, escribió también sus primeros versos. La figura morena de este muchacho barbilampiño, de ojos negros y pelo lacio, cruza silenciosamente por el fondo de llama y humo de aquel período histórico. Parece que cruza distraído, con su melancolía hereditaria, y que va cantando en voz baja. Amaba a una mujer; amaba la gloria. En ninguno de estos dos amores tuvo fortuna. Dice:

Abrasa mi corazón,  
la ardiente voraz pasión  
de la gloria.  
¡Oh, si en mi patria querida  
durase, más que mi vida,  
mi memoria!

Dice también:

Avaricia, no amor el mundo rige;  
yo a quien la suerte vacilante aflige,

yo, que entre harapos, trémulo, nací,  
 “¡Te amo!, le dije a la mujer. Resuelta  
 ella responde con la espalda vuelta:  
 “¡Mendigo, huye de aquí!,

Este poeta, cantor del desengaño y del pesar, y que murió en plena juventud, lejos de su país, en la Habana, tiene dos particularidades: la de ser un creyente, más, la de ser un observante y la de buscar los asuntos de sus poemas y de sus dramas—porque era también autor dramático— en la leyenda y en la historia del país. Poetiza la vida de México. En sus versos líricos hay a cada instante reminiscencias regionales, descripciones precortesianas, panoramas y paisajes de nuestros valles. Los nombres de poemas y piezas dramáticas de Rodríguez Galván son por sí mismos evocadores y aclaratorios: *La Visión de Moctezuma*; *La Profecía de Guatimoc*; *El Privado del Virrey*; *Muñoz el visitador de México*.

¡Cuán distintos estos nombres de los que su contemporáneo D. Fernando Calderón, su romántico compañero, puso a las producciones teatrales que salían de la pluma de éste: *El Torneo*, *Ana Bolena*, *Hernán o la vuelta del Cruzado*. Y es que Calderón, hijo de padres criollos, tenía

otro concepto de la vida, el concepto caballeresco, y buscó en las guerras de las Cruzadas o en las páginas de la historia y de la novela inglesas, asuntos para su inspiración.

Pero es de notar que si en los temas hay divergencias entre Calderón y Rodríguez Galván, en el modo de rimar, en los procedimientos retóricos, en la impetuosidad del estilo, en la irregularidad de la dicción y de la métrica, en los prosaismos, hay semejanzas. Representan no sólo una escuela, sino una época. Y representan también una clase social.

\*\*\*

Al llegar el año 1850, treinta y nueve años después de la Independencia, se complica, se intensifica la vida mexicana. Es una vida violenta, de acometividad, de pugna incesante, de interés y aspiraciones. Comienza aquí la época que, en nuestra historia, llamamos de la Reforma. Una caprichosa dictadura militar y una invasión yanqui, injustificada y cruel, habían debilitado y exasperado una sociedad, atacada incidentalmente de neurastenia aguda, por efecto de repetidas y bruscas impresiones. Y la vibración y la exaltación de los espíritus se reflejó en las letras.

No sólo en las políticas, en las arengas revolucionarias, en los discursos de elocuencia encendida, en los periódicos, en que flameaban las cláusulas declamatorias, sino en los versos más gemebundos, de una idealidad más difusa y confusa; en la novela y el cuento, que pintaban, no como en tiempos del *Pensador*, hombres y cosas de la realidad, sino fábulas extraordinarias, acciones sublimes, personajes superhumanos, maldades diabólicas y virtudes angélicas. El teatro, el libro, la estrofa, abultaban, desfiguraban la existencia. Época de sollozos y cantares, la llama un historiador. D. Fernando Orozco publicó por entonces *La Guerra de Treinta Años*, una novela de pasión y desencanto, de un pesimismo negro y preñado de rayos, como cielo de tormenta. El interés de este libro y de otros, como los cuentos de Juan Díaz Cobarrubias, como las leyendas de Florencio María del Castillo, como *Una rosa y un harapo*, de José María Ramírez, estriba en la pintura del medio aquél, hecha a la manera romántica, por supuesto, con un subjetivismo visionario, y en la reproducción de las ideas y sentimientos imperantes.

Porque se prolongaba y acentuaba la tendencia a nacionalizar la literatura, a dibujar nuestros paisajes, a revivir nuestra historia y a presentar y estudiar nuestra humanidad. Conviviendo con

estas psicopatologías, la franca alegría, la gracia sana, el humorismo intrascendental, aparecían por todas partes haciendo caricaturas verbales en el chascarrillo, en la anécdota, en el cuadro de costumbres. Y, a par de los sucesos y movimientos sociales, la literatura se intensificaba y se multiplicaba. Difundíase por todos los Estados de la República. En Yucatán, que puede decirse que tiene un Parnaso aparte, y donde el doctor Sierra novelaba, y versificaba Wenceslao Alpuche; en Guanajuato, en donde soñaba un poeta ciego, Juan Valle, con horizontes luminosos; en Veracruz, que llenaban las rimas de D. José María Esteva; en Puebla, en Michoacán, los Centros literarios no se daban punto de reposo. La agitación de la vida estimulaba la producción. Quisiera yo presentar a ustedes algunos ejemplares escogidos entre este numeroso conjunto de labor romántica de mi país. Pero es que voy con las botas de siete leguas del cuento, recorriendo la floresta lírica, un poco enmarañada, pero fragante, de este período de nuestras letras. Necesito pasar de prisa, llegar cuanto antes a la comarca brillante, armoniosa, selecta, de los poetas modernos. Sin embargo, estancias y rimas hay que, como cálices abiertos, se asoman por entre el laberíntico ramaje y me incitan a cortarlas y presentarlas a ustedes como una ofrenda. No re-

sisto, y cedo a la tentación. Aquí está un soneto típico del romanticismo mexicano, que yo siento fresco todavía como lirio húmedo de rocío. Su autor, Pantaleón Tovar, es probablemente desconocido para ustedes.

A UNA NIÑA QUE LLORA POR UNAS  
FLORES

Apenas niña y el intenso duelo  
te llena el corazón de sinsabores,  
y mil gotas de llanto, los fulgores  
de tus ojos, ocultan tras un velo.

Quien te hace padecer, insulta al cielo.  
¿Por qué lloras, qué tienes, quieres flores?  
Pues yo te las daré; pero no llores,  
no llores, alma mía, y si en el suelo

no hallas quien bese la nevada seda  
de tu alba frente que al amor convida,  
si no hay en él quien abrazarte pueda,

ven a mi seno y beberé, mi vida,  
esa lagrima pura que se queda  
de tus húmedos párpados prendida.

En el fondo de las clases medias, asustándolas y dominándolas, se presentó una vez un hombre de aspecto sereno, pero de espíritu volcánico y arrebatado. Venía de la clase inferior, del subsuelo, de la morena muchedumbre. Era un indio, un ejemplar de la raza. El talento y la ilustración de este hombre se impusieron al medio y obraron sobre él como un martillo sobre un bloque de granito. Su nombre en mi país posee la virtud de la evocación. Y más que su nombre, el seudónimo con que firmaba sus escritos políticos: Ignacio Ramírez, *El Nigromante*. Quiero trasladar aquí un retrato a grandes rasgos, trazado por uno de nuestros historiógrafos.

«*El Nigromante*—dice—hacía a la vista de los piadosos, de los devotos, de los gazmoños y tartufos del moderantismo, un papel especial: era el Mefistófeles de la Reforma, era un Satanás. La boca irónica y ligeramente contraída, como el arco al disparar el dardo, por el hábito de la burla implacable y del sarcasmo; la mirada brava, observadora, un poco insolente, llena de misericordia para todos los errores y miserias en el fondo de la pupila negra. Ramírez, como ministro de don Benito Juárez, era una inquietud, una alarma; era el representante del espíritu anticatólico de la revolución. «No, decían todos, somos católicos, no venimos a hacer la guerra a la Igle-